

El diálogo de saberes y la urgencia de implementar otros modos de aprender. El caso de Barrio U, grupo de extensión solidaria de la Universidad de Antioquia

Astrid Milena Carrasquilla Puerta
violeta0523@gmail.com

Universidad de Antioquia
Colombia

La presente ponencia plantea una reflexión sobre la importancia de sobrepasar los límites del aula en las facultades de comunicación para posibilitar la formación de profesionales que reconozcan el contexto local y participen en la construcción de relaciones entre la Universidad y otras comunidades en una perspectiva dialógica; que favorezca el intercambio de saberes y la cooperación y que transgreda las posturas hegemónicas del conocimiento académico. La reflexión se deriva de la experiencia de Barrio U, el grupo de Extensión Solidaria de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Inicialmente se planteará el contexto que da lugar al nacimiento del proyecto, así como las características del mismo y los aprendizajes que se han generado a lo largo de más de cuatro años. Posteriormente, se esbozarán los desafíos que desde nuestra perspectiva deben enfrentar propuestas de esta naturaleza.

La educación formal en América Latina, especialmente desde finales de los años 80, ha estado orientada por un espíritu modernizador, que ha operado bajo la premisa de la competitividad y la eficiencia, y en consonancia con la tendencia global de responder a un capitalismo avasallador que exige de cada individuo producción y consumo permanentes.

La formación de los profesionales de la comunicación no escapa a esta tendencia. Pese a la urgente necesidad de desarrollar procesos de participación ciudadana y movilización para el cambio social de cara a las necesidades de una región ampliamente afectada por la pobreza y la violencia, son escasas las apuestas que desde la academia le otorgan un énfasis político a la comunicación y, en consecuencia, son también escasos los escenarios que

ésta le ofrece a sus estudiantes para participar sistemáticamente en la construcción de vínculos universidad-sociedad. Al respecto, Gumucio (2004) comenta:

Sorprende constatar que aunque América Latina lleva varias décadas de ventaja al resto de las regiones desde el punto de vista de las experiencias de comunicación popular y participativa, ello no se refleja en los estudios académicos. El vacío ha sido llenado mal que bien por las ONGs que trabajan en proyectos de desarrollo comunitario, pero las universidades y centros de excelencia se han mantenido generalmente al margen de los procesos de comunicación dialógica que tienen lugar en la sociedad. La apuesta de las universidades ha sido siempre por los medios masivos, y más recientemente, por el sector privado que requiere portavoces y publicistas para establecer su imagen de cara al Estado, o para competir con otras empresas (pp.15-16).

Para Barraquero y Sáez (2010), la invisibilización de la comunicación alternativa y para el cambio social en las esferas pública y académica tiene que ver con el hecho de que este tipo de comunicación fomenta procesos abiertamente comprometidos con el activismo social y cuestiona el status quo; además, en tanto objeto teórico, «se ha constituido como un ámbito “menor” de la enseñanza de las teorías de la comunicación, en correspondencia con la concepción de una esfera pública compuesta únicamente por comunicaciones públicas-estatales y privado-comerciales» (Barraquero y Sáez, 2010, p.11).

Los autores precisan que la tendencia ha sido la de adoptar las teorías occidentales sobre la comunicación, basados en referentes estadounidenses y europeos, con aportes de otras regiones como Latinoamérica, Asia y África que, en cualquier caso, se han considerado menos importantes, «cuando no meras disputas “ideológicas” o “políticas” y, por consiguiente, acientíficas» (Barraquero y Sáez, 2010, p.12).

Además de los problemas teóricos del campo y de su enseñanza en las facultades de comunicación, los componentes prácticos y experienciales también tienen una proyección limitada. Aunque no se puede desconocer que, en general, desde los pregrados de comunicación y periodismo se hacen

esfuerzos porque los estudiantes se acerquen a otras comunidades para que realicen trabajos de campo, en la mayoría de casos se trata de ejercicios de clase o de semestre, que no alcanzan a trascender hacia una experiencia de inmersión que facilite el diálogo con la comunidad y la construcción de propuestas conjuntas; en consecuencia, se ha generalizado el malestar al interior de muchas comunidades, las cuales se sienten utilizadas en favor de objetivos estrictamente académicos sin recibir algún beneficio.

En el caso específico de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia, en tanto institución de carácter público, se ha aprovechado la extensión universitaria para llegar a la sociedad a través de diferentes proyectos, propios de sus áreas de conocimiento, es decir, proyectos orientados desde la comunicación, el periodismo, las letras y el audiovisual. No obstante, en el nivel de pregrado se ha evidenciado la necesidad de diseñar y fortalecer estrategias pedagógicas en las que los estudiantes tengan la oportunidad de entablar diálogos más complejos con las problemáticas sociales y de apropiarse con mayor profundidad de los fundamentos teóricos y metodológicos para el trabajo con comunidades y para la investigación en este campo.

De cara a esta necesidad, y tras detectar que la extensión solidaria tenía menores desarrollos en nuestra Facultad con respecto a otras líneas de la extensión, y que había estudiantes interesados en profundizar en la comunicación para el cambio social, a finales de 2010, convocamos a estudiantes y egresados a conformar un colectivo, en clave de voluntariado, que desarrollara proyectos de extensión solidaria y que contribuyera al desarrollo permanente de procesos de comunicación y participación en el entorno local, especialmente en aquellos lugares donde se experimentan condiciones socioeconómicas complejas y de vulneración de derechos. Luego de esa primera reunión, se conformó un grupo de 15 personas interesadas en la propuesta, y se comenzó a trabajar en la definición de la dinámica del grupo, planeación estratégica, estudio de conceptos básicos para el trabajo que se pretendía realizar y afianzamiento de los lazos de confianza entre los miembros del grupo.

Al tiempo en que se producía esa organización interna, empezamos a aproximarnos a la ladera de la Comuna 3-Manrique, un sector golpeado por la pobreza y la violencia. Se eligió porque era un territorio donde la Universidad ya había construido algunos puentes para la interacción con la comunidad. Lecturas, integraciones y diálogos con líderes comunitarios de los barrios La Cruz y Bello Oriente nos permitieron identificar puntos de encuentro y posibilidades de trabajo conjunto.

Nuestros propósitos demandaban recursos financieros básicos, así que en el 2011 presentamos un proyecto a la convocatoria del Banco Universitario de Programas y Proyectos de Extensión (BUPPE) de la Universidad de Antioquia, y esto nos permitió realizar diversas actividades de fortalecimiento para darle continuidad a la iniciativa. A partir de ese momento, el grupo define su nombre e imagen, e inicia una aventura que no ha tenido pausa.

El proceso no ha respondido a un orden lineal de pasos preconcebidos. Por el contrario, ha debido ir buscando su camino de manera experimental. Por eso, solo ahora, después de casi cinco años de trabajo ininterrumpido, es posible revisar la experiencia en perspectiva y valorar aquellos elementos que nos han permitido crecer. A continuación mencionaremos los que consideramos relevantes.

En primer lugar, se ha depurado el horizonte de trabajo, para lo cual nos hemos propuesto cuatro objetivos fundamentales: desarrollar proyectos comunicativos que potencien las habilidades de los participantes en pro de la atención a problemáticas sociales; fomentar en la Facultad de Comunicaciones la discusión académica en torno a la comunicación y su relación con los procesos de transformación social; propiciar alianzas transdisciplinarias entre la universidad, las organizaciones de la sociedad civil y los entes gubernamentales, en aras de generar procesos de mayor impacto en la vida de las comunidades; y consolidar la experiencia del grupo de modo tal que pueda ser replicada como modelo de organización solidaria universitaria.

En segundo lugar, el trabajo ha venido fundamentándose desde la perspectiva de la comunicación-educación para el cambio social, que a su vez se nutre de algunos conceptos propios de las corrientes críticas de la pedagogía. Las teorías críticas, que tienen su origen en Europa, en las escuelas de Frankfurt y Budapest, extendiéndose más adelante hacia EE.UU. y Canadá en la voz de intelectuales exiliados de Alemania, surgen como un intento de respuesta a la problemática social que deja la segunda guerra y que, por sobre todas las cosas, pone de manifiesto que la razón, principal bastión del proyecto de modernidad, pierde su piso, en tanto es insuficiente para resolver los conflictos de poder y para contener la barbarie de la violencia. Estas teorías adquieren sus propias dimensiones en América Latina con pensadores como Paulo Freire, Manfred Max Neef, Orlando Fals Borda y Luis Eduardo Primo, siendo Paulo Freire el maestro más reconocido y el que con mayor trascendencia encarnó el pensamiento crítico con su pedagogía para la liberación. Por ello, los postulados freirianos sobre la educación y la comunicación dialógica están en el seno de lo que comprende el concepto *decomunicación para el cambio social*, el cual recoge, en buena medida, otros relacionados, como comunicación horizontal, alternativa, popular y para el desarrollo (Gumucio, 2004, p.21).

De este maridaje cabe destacar dos términos clave: el diálogo, entendido como aquella conversación en la que se reconoce y se respeta la cultura de los otros; y la participación, no como acceso a un espacio, un medio o una herramienta, sino como apropiación del proceso de comunicación para producir discursos propios y, en el marco de ello, posibilitar experiencias donde las comunidades definan quiénes son, qué quieren y qué van a hacer para lograrlo (Pérez, G; Marión, C. y Franco, F., 2009).

Comunicación y educación son, pues, dos disciplinas que se entrecruzan y se complementan frente a la necesidad de superar aquellas posturas académicas que hablan sobre el pueblo o para el pueblo, pero no con el pueblo. Así lo plantea Huergo (2013) cuando, partiendo de las reflexiones de Martín-Barbero, precisa que «el comunicador-educador debe saber formular la pregunta “¿quién sos?”, que hace referencia a la identidad y a la combinación

no siempre armoniosa entre historia y biografía; pregunta que tiene que complementarse con la pregunta “¿dónde estás?”, que hace referencia a la situacionalidad geopolítica y geocultural de las identidades y la formación subjetiva» (p.27).

En medio de las búsquedas de Barrio U, todas estas premisas han encauzado filosóficamente el proyecto y lo han llenado de sentido, por lo que el grupo trata de no perderlas de vista y de evaluar constantemente cada una de sus acciones a la luz de las mismas.

En tercer lugar, además de llegar a claridades sobre el alcance de nuestro trabajo y sobre los fundamentos teóricos y metodológicos que lo orientan, hay varias condiciones que han posibilitado la sostenibilidad del grupo y que bien vale la pena compartir:

1. La construcción colectiva: en el grupo participan estudiantes de todos los perfiles y semestres de la Facultad, al igual que egresados; y se han abierto las puertas a estudiantes de educación que han expresado su interés en unirse. Estas diferencias en formación y experiencia, tramitadas siempre a través de la conversación y la toma de decisiones colectivas, han enriquecido enormemente el proceso, pues sin importar la condición de cada integrante, se valoran los saberes, el potencial y las habilidades de cada uno.
2. La apuesta por procesos, no por activismos: siguiendo a Huergo(2010), desde la perspectiva de la comunicación “necesitamos saber y reconocer quién es el otro con el que vamos a plantear el proceso de comunicación/educación, cuáles son sus sueños y expectativas, cuáles sus labores cotidianas, sus lenguajes, sus dudas, sus limitaciones, sus creencias, sus saberes, sus formas de aprender...”, pero este reconocimiento no se puede dar si no participamos en la manera como una comunidad construye sus significados, y ello demanda compartir tiempo, espacios, propósitos e ideas. En concordancia con lo anterior, nuestra apuesta ha sido la de

permanecer con una misma comunidad a lo largo de los años y tener la oportunidad de profundizar los vínculos, para no correr el riesgo de que nuestros esfuerzos se traduzcan en meras actividades.

3. El liderazgo: la coordinación del grupo ha estado en manos de una docente que no cumple esta función por encargo sino por afinidad y vocación; además es una persona que por su permanencia en la Facultad de Comunicaciones desde hace varios años, conoce con detalle los proyectos académicos y, por ende, facilita la mediación con otros actores de la dependencia y de la Universidad. La continuidad del proceso se ve favorecida por el hecho de que la docente responsable no haya cambiado en el tiempo. Su función es la de planear, motivar, convocar y gestionar, pero las decisiones se toman siempre en conjunto con el equipo.
4. La constancia: el grupo se reúne dos horas una vez a la semana; esta reunión se ha mantenido aún en épocas de paros estudiantiles universitarios o de baja asistencia, como la temporada de evaluaciones finales de semestre; la consigna ha sido “no parar”. Además del encuentro semanal, se programan otras actividades por subgrupos y las reuniones con la comunidad, según la disponibilidad de los miembros.
5. La gestión de recursos: se ha participado en la convocatoria anual que realiza la Vicerrectoría de Extensión de la Universidad para aspirar a recursos de financiación de proyectos solidarios. A la fecha, el grupo ha resultado ganador de la convocatoria en cuatro versiones consecutivas. Este apoyo ha sido fundamental para la consolidación de Barrio U y para poder llevar a cabo el trabajo con la comunidad. También se han gestionado apoyos con el municipio, cooperativas y asociaciones.
6. Los vínculos afectivos: el grupo le da un valor especial a la camaradería. Un parque, el salón de reuniones o la casa de alguno

de los miembros ha sido escenario para compartir un ágape y divertirse. Nos damos tiempo para contarnos historia de la vida y de los sueños propios, y eso nos permite conocer al otro en todas sus dimensiones y afianzar el compromiso y la responsabilidad desde la confianza y el aprecio por nuestros compañeros. Así mismo, para mantener una comunicación permanente, hemos aprovechado la herramienta de grupo privado de Facebook; allí compartimos contenidos de interés para el grupo, publicamos invitaciones a eventos o convocatorias académicas, celebramos los logros personales y grupales, hacemos consultas y construimos acuerdos.

7. El carácter de voluntariado: si bien no es fácil hacer sostenible en el tiempo un proceso con voluntarios, esta misma condición es la que le otorga un valor especial a la experiencia, pues tratándose de una relación académica, ésta no está mediada por la evaluación cuantitativa o por cualquier otro tipo de contraprestación que no sea el aprendizaje y la satisfacción personal y profesional. Los vínculos se establecen desde la motivación y el interés.

Todas estas condiciones, que consideramos han favorecida la consolidación del grupo, se han traducido en importantes logros. Para reseñar los principales, debemos recordar que Barrio U trabaja en varios frentes: desde el punto de vista académico realizamos lecturas, conversatorios y talleres de capacitación en múltiples temas de interés para el ejercicio del grupo; éstos son de carácter interno, y son preparados tanto por los mismos integrantes de Barrio U como por expertos invitados. Para los públicos externos hemos organizado eventos como la *Conferencia-panel Comunicación y Educación para el Cambio Social*, en 2012, con la participación de Alfonso GumucioDagron; también, en cooperación con la Secretaría de Comunicaciones de la Alcaldía de Medellín, organizamos en 2013 el *Seminario Comunicación, Participación y Ciudadanías*, teniendo como conferencistas principales a Rosa María Alfaro y a María Patricia Téllez, y el *Conversatorio Hacia la configuración de una política pública en comunicaciones*, con líderes comunitarios de toda la ciudad; en 2014, el grupo convocó a aquellos

profesores y estudiantes de comunicación de Medellín que en sus facultades abordan el tema de la comunicación comunitaria, para discutir sobre los vínculos universidad-sociedad y para empezar a construir agendas complementarias para el trabajo en red.

Sumado a esto, realizamos salidas de campo para reconocer otras experiencias de comunicación comunitaria con el fin de contrastar la reflexión académica con proyectos en ejecución, dentro de lo cual ha sido muy significativo el encuentro con la Red de Emisoras Comunitarias del Magdalena Medio –AREDMAG-, en Santander, y los encuentros con experiencias de comunicación y movilización social de los municipios de Granada y Támesis (Antioquia).

Por otra parte, en nuestro interés por entablar diálogos de saberes con otras comunidades, el camino nos ha llevado a concentrarnos en la comunidad de la institución educativa Reino de Bélgica – Seccional Bello Oriente, ubicada en el barrio Bello Oriente, ladera de Manrique. Allí hemos avanzado en la conformación de un grupo de jóvenes con los cuales se han desarrollado una serie de talleres para incentivar el ejercicio ciudadano juvenil y, atendiendo a la solicitud de los mismos estudiantes, nos hemos enfocado en el montaje de la emisora escolar como estrategia pedagógica. Simultáneamente, estamos desarrollando un proyecto para la recreación de la memoria cultural del barrio teniendo como eje articulador la institución educativa. Es interesante observar que en este diálogo con los habitantes de la ladera, y concretamente con los jóvenes, hemos debido desaprender formas de pensar y de hacer, para asumir como punto de partida ya no el texto, sino la realidad. Enfrentamos el reto de diseñar estrategias y materiales didácticos para el trabajo con grupos, para lo cual nos apoyamos en metodologías participativas que, con una buena dosis de creatividad, ajustamos a las necesidades propias.

Pero experiencias como la de Barrio U no solo ayudan al fortalecimiento de conocimientos teóricos y metodológicos; su potencial se expande hacia otras posibilidades, como el hecho de compartir saberes personales y profesionales en escenarios distintos al académico, estimular la capacidad de análisis de

problemas sociales y sus posibles soluciones, despertar nuevos liderazgos, fomentar el trabajo en equipo, provocar la creatividad y recursividad, enriquecer la hoja de vida de estudiantes y egresados y potenciar el desarrollo de habilidades para la formulación y gestión de proyectos.

Este recorrido por lo que ha sido el proceso de Barrio U nos indica que hemos dado pasos significativos como grupo, pero es claro que debemos dar un salto hacia la investigación académica y la publicación científica, en una triada armónica con la docencia y la extensión. Sólo si ponemos en común nuestros aprendizajes llegaremos a impactar realmente el currículo en nuestra Facultad y, por qué no, a aportar en la consolidación de una línea de profundización de posgrado desde este enfoque.

En este orden de ideas, consideramos no solo valioso sino necesario que las universidades busquen alternativas para complementar la formación de sus estudiantes con espacios de participación voluntaria, y esto implica: destinar a un docente responsable que vibre con el tema, gestionar recursos, estar abiertos a las voluntades de la gente, poner en diálogo lo académico con la experiencia, perseverar, aprovechar la experiencia de los egresados, pero, sobre todo, implica convencernos de que no se puede construir con el otro si no me encuentro con él, si no me expongo y le permito que él se exponga con todo su acervo cultural y su lenguaje.

Reflexiones finales

La extensión sigue siendo un gran paraguas que acoge los diversos mecanismos a través de los cuales las universidades materializan su responsabilidad social; sin embargo, su potencial parece difuminarse en un rol subsidiario de la docencia y la investigación, y no como parte de un verdadero triángulo virtuoso.

Una de las grandes dificultades de esta línea misional de la Universidad es el desconocimiento por parte de estudiantes y académicos sobre el sentido mismo de la extensión; esto gracias al mermado protagonismo de las universidades para resolver problemáticas sociales y al poco énfasis que se hace desde la educación superior en la formación y motivación de los profesionales para que se interesen en la transformación social en favor de la población más vulnerable (Serna, 2007).

A esto se suma la peligrosa confusión entre solidaridad y caridad, que ha llevado a que al interior de las mismas universidades quienes le apuestan al desarrollo de la extensión solidaria sean vistos por sus pares como personas que simplemente hacen un “bonito trabajo”. Se pasa por alto que se trata de una correspondencia ética con la sociedad y, sobre todo, una apuesta política necesaria para que nuestra área del saber tenga pertinencia con el mundo y el momento histórico en el que se inscribe.

Frente a esas múltiples formas de entender y practicar la extensión, Serna (2007) señala que es posible identificar por lo menos cuatro modelos de extensión en Latinoamérica: El altruista, que apuesta por la acción desinteresada de los universitarios a favor de los marginados, para corresponder los esfuerzos del pueblo en la financiación de la educación y que, de hecho, es la que le da origen al concepto de extensión en la región a principios del siglo XX.

El modelo divulgativo, que plantea que la ciencia y la cultura deben “rebajarse” para ser comprendidos por el pueblo, aprovechando los medios de comunicación, y que suele otorgarle mayor validez a las expresiones producidas por artistas e intelectuales.

El concientizador, que plantea compartir el conocimiento en forma dialógica y liberadora, y despertar la conciencia para la acción colectiva y política, pero que tiende a perder de vista limitaciones que sobrepasan el compromiso de los universitarios, como la burocracia, los riesgos del paternalismo o la dificultad para financiar proyectos.

Y el vinculatorio empresarial, donde múltiples procesos universitarios se adaptan en función de las necesidades de las empresas, bajo una lógicamerchantilista y de rentabilidad financiera que, de hecho, contraviene el ideal fundacional de la extensión.

Entonces, ¿cuál es el modelo de extensión al que le estamos apostando? ¿Responde a los desafíos que nos presenta el entorno? ¿Acaso el cambio social se debe perseguir solo afuera de la Universidad?

Siguiendo a Serna (2007), hace falta refundar a la extensión con modelos dirigidos a la población más vulnerable, modelos que sean fundamentales para la formación de estudiantes, en los que participe toda la comunidad universitaria, que superen las pretensiones hegemónicas o asistencialistas, y que no dependan de voluntades individuales sino de políticas a largo plazo.

Consideremos que esta invitación del autor pasa por la necesidad de concebir la comunicación en una lógica de diálogo de saberes. Lévy (2004), en su obra sobre la inteligencia colectiva hace una bellísima reflexión para ilustrar el sentido del saber: “Si lo asalta la debilidad de pensar que alguien es ignorante, busque en qué contexto lo que él sabe se convierte en oro”. Desde esta perspectiva, la inteligencia colectiva es el reconocimiento y el enriquecimiento mutuo desde todos los saberes que se encuentran distribuidos socialmente, pues se parte de la premisa de que cada quien, por su experiencia de vida y por sus prácticas sociales y culturales, es para los demás una oportunidad de aprendizaje.

En tiempos en los que, como lo ha expresado Martín-Barbero (2005), el saber se ha descentrado de los lugares tradicionalmente legítimos para suproducción y circulación, especialmente por cuenta de la globalización y de las posibilidades que brinda al ciudadano común las tecnologías de información y comunicación, es urgente que la universidad construya relaciones sin el

prejuicio de que su saber es más importante. En el mismo sentido, Lévy(2004) plantea que:

En la edad del conocimiento, no reconocer al otro en su inteligencia, es negar su verdadera identidad social, es alimentar (...) la frustración de la que nace la violencia. Sin embargo, cuando se valoriza al otro, según la gama variada de sus conocimientos se le permite identificarse de un modo nuevo y positivo, se contribuye a movilizarlo, a desarrollar en él, en cambio, sentimientos de reconocimiento que facilitarán como reacción, la implicación subjetiva de otras personas en proyectos colectivos (Lévy, p.19).

En conclusión, como Universidad necesitamos posicionarnos de otro modo frente a las comunidades que nos circundan, que no son otras que las mismas comunidades a las que pertenecen nuestros estudiantes. En el contexto de la educación pública, ellos no son ajenos a la realidad de los barrios populares, y muchas veces los estamos condenando a mirar su cotidianidad como mero objeto de estudio y no como su presente, al no ofrecerles formas alternativas para implicarse en los procesos sociales. Frente a este problema, sin duda, la extensión nos abre puertas hacia otros modos de aprender.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Martín-Barbero, J. (2005). Cultura y nuevas mediaciones tecnológicas. En: Martín-Barbero, J., Sunkel, G., Nubia, B., Pacari, N. &Valenzuela, J. *América latina, otras visiones desde la cultura. Ciudadanía, juventud, convivencia, migraciones, pueblos originarios, mediaciones tecnológicas*. 1-37. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Gumucio, A. (2010). El cuarto mosquetero: la comunicación para el cambio social. *Investigación y Desarrollo*, Revista del Centro de Investigaciones en Desarrollo Humano, 12(1),2-23.

Huergo, J. (2013). Mapas y viajes por el campo de la comunicación-educación. En: *Revista Tram(p)as de la comunicación y la cultura*. 75(11),19-30. Disponible en:http://www.revistatrampas.com.ar/2013/12/trampas-75-mayojunio-2013_19.html#sumario

Huergo, J. (2010). Una guía de Comunicación/Educación, por las diagonales de la cultura y la política, En:Aparici, R. (coord.). *Educomunicación: más allá del 2.0*, 65-104, Barcelona, Gedisa.

Lévy, P. (2004). Inteligencia colectiva. Por una antropología del ciberespacio (Felino Martínez Álvarez, trad.). Washington D.C.: Organización Panamericana de la Salud. (Obra original publicada en 1997). Disponible en: <http://inteligencia colectiva.bvsalud.org/public/documents/pdf/es/inteligenciaColectiva.pdf>

Pérez, G; Marión, C & Franco, F. (2009). Comunicar para el cambio social: una comunicación ética y política. Entrevista Alfonso GumucioDagron. *Signo y Pensamiento*, 28(55), 278-290.

Serna, G. (2007). Misión social y modelos de extensión universitaria: del entusiasmo al desdén. *Revista Iberoamericana de Educación* (versión digital), 43(3). Disponible en: <http://www.rieoei.org/deloslectores/1662Aquiles.pdf>